

SE QUEDÓ A VESTIR SANTOS

Emilia se quedó a vestir santos decían los parientes en silencio y a ella no le importó. Seis hermanas, cinco casadas y ella soltera. Sobrinos por doquier, ella sin hijos, pero tampoco le importó.

Cuarenta y pico de años, el vestido blanco y el ajuar ausente. “Ay Emilia, qué va a ser de vos en tu ancianidad, tan sola”, le decían sus allegados, pero a ella no le importó.

Emilia no concebía esta manera de todos tan obstinada en querer que un pretendiente llegara a su vida y aunque tarde, -más vale tarde que nunca decían- le propusiera casamiento.

Los mandatos sociales, el deber ser no eran para esta mujer; ella tenía su propia vida, simple, relajada y plena, sin una compañía permanente, aspecto que a ella tampoco le importó.

La vida solitaria por momentos, la cama vacía, a veces, y los santos muy bien, gracias.

Emilia, de profundos ojos azules, pelo blanco aún largo, negro hace algún tiempo, tenía sus propios secretos. Desde ya que la familia los desconocía, pues una marca en ella era justamente esta particular manera de ocultar lo que no deseaba que se supiese y mostrar sólo lo que quería que los demás apenas percibieran.

Nadie se enteró jamás que a Emilia, quien había tenido muchos pretendientes, los hombres no le habían interesado demasiado, ni antes ni ahora. Claro, no era bien visto andar contando esta particular manera de ver al género masculino que ella tenía, mucho menos en la sociedad en la que el destino había decidido tenerla cautiva, del mismo modo que en su tradicional familia de costumbres moralistas.

El darse cuenta de este aspecto prohibido para algunos, pero no para ella, al principio la llenó de miedo y lo calló tan intensamente que nadie lo percató. Sólo Carmen lo hizo, otra que se quedó a vestir santos como Emilia, otra a quien tampoco le importó.